



Balta Lelija

4 de junio de 2026
Santa Juana de Arco
“La coronación del rey en Reims”

Una vez liberada la ciudad de Orléans del asedio, a Juana le urgía cumplir su segunda predicción: llevar al rey a Reims para su coronación. Sus voces le habían dado a entender que no disponía de mucho tiempo para cumplir su misión y que era preciso aprovechar el momento oportuno.

El conde de Dunois relata:

«Tras la liberación de Orléans, Juana y yo, junto con algunos otros, nos presentamos ante el rey, que se encontraba en el castillo de Loches, para pedirle nuevas tropas con el fin de reconquistar las fortalezas y ciudades situadas a orillas del Loira, especialmente Meung, Beaugency y Jargeau, de modo que en el futuro pudiera operar con mayor seguridad y avanzar sin obstáculos hasta Reims, donde se celebraría su coronación. Juana apremió al rey, suplicante e insistentemente, para que se diera prisa y le advertía de que no vacilara. A partir de ese momento, el rey actuó con toda la diligencia posible y envió al duque de Alençon, a otros jefes militares y a mí —junto con Juana— para que reconquistáramos aquellas ciudades y castillos. Y, de hecho, volvieron a quedar bajo el dominio del rey gracias a la ayuda de Juana, en mi opinión».

Sin embargo, Juana tuvo que imponerse una y otra vez frente a otros puntos de vista sobre cómo debía continuar la estrategia de la guerra. En esta etapa de su misión, siempre lo consiguió. Instó repetidamente al rey a que no tardara tanto en deliberaciones. Él le obedeció, y así quedó libre el camino para avanzar hacia su coronación en Reims.

En cuanto a la forma de librar la guerra, en la que Juana tuvo una influencia decisiva, cabe señalar lo siguiente: antes de atacar a los ingleses, la Doncella enviaba cartas al rey de Inglaterra y a sus comandantes, así como a los borgoñones que estaban aliados con ellos. En dichas misivas, les ofrecía retirarse en libertad si se rendían. No toleraba que los soldados franceses cometieran crueldades ni que, por ejemplo, se apropiaran de bienes eclesiásticos cuando reconquistaban pueblos y ciudades para el rey de Francia. También protegió a los sacerdotes que habían ejercido su ministerio en las ciudades ocupadas por los ingleses. En general, mostraba gran misericordia hacia los enemigos y se preocupaba especialmente por la salvación de sus almas.

Podemos afirmar con certeza que Juana libró una «guerra justa» y que toda su intervención en la situación desesperada de Francia se llevó a cabo por mandato divino. Ella repetía una

y otra vez que, de no ser porque se le había encomendado esa misión, habría regresado de buen grado con su familia. Seguía siendo una muchacha muy sensible —recordemos que por entonces tenía apenas diecisiete años— que no quería ver sangre y se sentía profundamente herida cuando los ingleses la insultaban.

Sin embargo, en sus decisiones y en todo lo relacionado con la guerra demostró una seguridad y un sentido práctico que sorprendieron incluso a los experimentados comandantes de las distintas tropas. Mientras se hacía lo que Juana decía, sus profecías se cumplían al pie de la letra. La intervención de Dios por medio de ella constituye un ejemplo brillante en la historia de cómo se pudo revertir la desolada situación de una nación gracias a la colaboración entre el rey y la Iglesia bajo la guía de una mensajera enviada por Dios.

Juana le pidió a Carlos VII que sometiera su reinado al Rey del Cielo y que actuara como su servidor, y él lo hizo siguiendo el consejo de la Doncella.

Finalmente, el 17 de julio de 1429, el rey fue coronado en Reims en presencia de Juana, que llevaba consigo su estandarte. Fue un momento crucial para Francia y para la Doncella de Orléans. Se hizo realidad ante sus ojos lo que Dios le había prometido y encomendado llevar a cabo.

En las crónicas del Moronis Journal, un diario que resumía los acontecimientos de aquella época, se relata así el suceso: *«Los franceses llegaron a Reims, donde se coronaba a los reyes de Francia. El sábado 16 de julio llegó el delfín y las puertas de la ciudad se le abrieron sin resistencia. El domingo 17 de julio fue coronado con gran pompa».*

Ese mismo día, Juana mandó escribir la siguiente carta al príncipe borgoñón Felipe el Bueno, que no había respondido ni a su invitación ni a la del primo del rey:

«Noble y venerable príncipe, duque de Borgoña: la Virgen os ruega, en nombre del Rey de los Cielos, mi legítimo y soberano rey, que el rey de Francia y vos selléis una paz buena y estable que perdure por mucho tiempo. Perdonaos mutuamente de todo corazón, como cristianos creyentes [...]. Os suplico que no luchéis contra nosotros. ¡Por muchas tropas que movilicéis en nuestra contra, nunca venceréis! La batalla causará grandes daños y se derramará la sangre de quienes luchan contra nosotros».

Sin embargo, tras la coronación de Carlos VII, se produjo un giro de los acontecimientos sobre el que Juana ya no pudo ejercer una influencia decisiva. Se entablaron negociaciones entre el rey y los enviados del duque de Borgoña de las que Juana fue deliberadamente

excluida. Como consecuencia, el ímpetu del ejército real se frenó y los borgoñones hicieron falsas promesas con el único fin de ganar tiempo. La traición que Juana temía había comenzado.